

UN RECUERDO SOBRE MARÍA EUGENIA
VAZ FERREIRA

Mucho me regocija que PEGASO, en este número homenaje, me brinde la ocasión de poder hablar de esta excepcional mujer de fuerte talento y sensibilidad maravillosa. Me temo, sin embargo, que a causa del dislocamiento de su propia vida, no nos halla dejado la obra grande que pudieron forjar su sensibilidad y su talento; y digo tal cosa, no en menoscabo de su labor poética, que sólo conozco fragmentariamente, sino porque estos seres así, como ella fué, están como impulsados por una fatalidad que les impide cumplir la misión que les estuvo destinada: despilfarran talento y sensibilidad, muchas veces en conversaciones fugaces; y así, agrandados en el recuerdo de aquellos que les conocieran, no pueden ser comprendidos por las generaciones que han de analizar más fríamente su obra escrita. Y, por fuerza, estas generaciones no se hallan capacitadas para ver la personalidad total, desaparecida ya, y desaparecida llevándose a la muerte buena parte de lo que pudo ser áurea cosecha lírica.

En un viaje a Montevideo, durante el verano de 1918, fuí a visitar a María Eugenia Vaz Ferreira, a fin de saludarla y recoger algunos versos para la revista *Hebe* que entonces codirigía. ¡Inolvidable visita! La poetisa se me apareció como un ser fuera de lo común, ¡y lo estaba! Hablamos de tópicos artísti-

cos; ella opinaba rotundamente y tenía desconcertantes salidas de tono; gustábale colorear pintorescamente su conversación abundante y poco armónica con vocablos criollos. Recitó con voz bien timbrada versos suyos, muchos de ellos inéditos, y que escondía con avara fruición. Uno principalmente, me admiró por la fuerza de su sinceridad. Comenzaba, si mal no recuerdo, así:

*He de volver a ti, propicia tierra,
como una vez surgí de tus entrañas,
con un sacro doler de carne viva
y la virginidad de las estatuas...*

También tocó el piano e interpretó a Wagner y a Chopin, de manera personalísima.

Volví al otro día, llevando a un amigo poeta y compañero de viaje, a quien María Eugenia mostrara deseos de conocer, pues ya sabía de su labor de artífice admirable.

La tarde se nos fué agradablemente y prometimos regresar al otro día para efectuar un paseo al Prado. Llegamos puntuales y ya la poetisa nos esperaba; salimos, y me llamó la atención su desgaire en el vestir, tanto como su acariciado, queridísimo proyecto—que durante el viaje nos fué explayando—de hacerse una casa subterránea a la que llamaba “la casa del silencio”. Allí nadie perturbaría; y allí hundiría sus terribles noches de insomnio.

Como botín de nuestras entrevistas, le arranqué algunas composiciones, entre ellas un soneto inédito que me entregó, imponiéndome la condición de que no habría de publicarlo. Se trata de una poesía honda y delicada, y hacia la que mostraba una predilección manifiesta. Hela aquí:

EMOCIÓN PANTEÍSTA

*Señor, te diré que la sabrosa belleza
De esa tu carne pálida me hace llorar de amor.
Lloro por la magnolia de tu cara, por esa
Cara que está desnuda sobre su tallo en flor.*

*Laureando con tu gracia mi gloriosa tristeza,
Con hojas de tus ojos de cambiante verdor,
Vas hasta el fondo mismo de mi naturaleza
Por todos mis jardines, y siempre vencedor.*

*Señor, quizá tú eres suavemente fuerte;
Quizá tu cáliz dona consolución de muerte,
A tiempo que florece tu espléndido fervor.*

*También yo soy ambigua; por eso es que te siento,
Y lloran cuando abres bajo mi pensamiento,
Mi aurora y mi crepúsculo su rocío de amor.*

La última vez que la vi fué en Buenos Aires; entró a la oficina donde yo trabajaba, provocando la torpe curiosidad de mis compañeros, a causa de su desaliño de vestimenta y tono. Conversamos largamente. Al despedirse, me prometió unas poesías inéditas... y esperé inútilmente. No la vi más...

Y al recibir la noticia de su muerte, en medio del torrencial vértigo de esta vida de la urbe febril que nos lleva y lleva implacablemente, me detuve a recordarla... Y, con tristeza, evoqué su original figura, su sensibilidad, casi hiperestésica, su talento innegable. Luego proseguí... Ah, pero tengo la sensación precisa de que nunca he de olvidarla, porque los seres de excepción, ¡que ella lo fué!, los espíritus de selección, ¡que lo fué el suyo!, no pasan totalmente, no se olvidan del todo.

ERNESTO MORALES.

Buenos Aires.